

Hugo von Hofmannsthal

Carta de Lord Chandos

epublibre

En la *Carta de Lord Chandos* encontramos una expresión sucinta pero extremadamente concisa y precisa de una vivencia que hoy en día se nos muestra especialmente pertinente: el sentimiento inmediato de lo sagrado inmanente en toda realidad.



Hugo von Hofmannsthal

CARTA DE LORD CHANDOS

ePub r1.1
Titivillus 18.07.17

Título original: *Ein Brief (Brief des Lord Chandos)*
Hugo von Hofmannsthal, 1902
Traducción: Agustín López & María Tabuyo
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2







Hugo von Hofmannsthal:
Vida y obra

Poeta, novelista, dramaturgo y ensayista, Hugo von Hofmannsthal se cuenta entre las grandes figuras de la literatura europea de comienzos del siglo xx. Nació en Viena el 1 de febrero de 1874, de padre austríaco —un conocido banquero judío— y madre italiana. Educado por tutores privados, frecuentó sin embargo en su adolescencia el Akademisches Gymnasium de Viena, como correspondía a la privilegiada posición social de su familia. Con apenas dieciséis años, comienza a publicar, con el pseudónimo de Loris Melikow, sus primeros textos poéticos; en 1891 escribiría su primera obra teatral, titulada *Ayer,* a la que seguirían otros dramas en verso en los que se patentiza su capacidad para una escritura fluida y musical, muy trabajada, y su interés por los grandes problemas metafísicos. Tempranamente introducido, pues, en el mundo literario austríaco, sus singulares dotes intelectuales pronto le llevaron a entablar relación con los personajes más destacados de la intelectualidad de su tiempo. Quizás quien más influencia ejerciera sobre el joven Hugo fuera el poeta alemán Stephan George, que auspició la publicación de sus primeros trabajos y al que Hofmannsthal profesó una admiración constante incluso después de su ruptura con él en 1906.

Hofmannsthal comenzó estudios de leyes, que seguiría durante dos años, para abandonarlos después y optar por la Filología, materia en la que se doctoró en 1899. Dos años antes, se había representado por primera vez en Berlín una de sus obras, *Mujer en la ventana*. En esos últimos años del siglo conoce a Rilke, Maeterlinck y Rodin.

En 1901 se casó en Viena con Gertrud Schlesinger, hija del secretario general de la banca angloaustriaca. El poeta se instala en una casa en Rodaun, en las proximidades de Viena, en la que va a vivir hasta su muerte, aunque realizó frecuentes viajes, especialmente a Italia y Francia; en su casa de Rodaun crecerán sus tres hijos: «Lo mejor —cuenta en una carta a un amigo— es

que hemos encontrado una increíble casita en el campo, a veinte minutos de Viena en tren, en la que vivimos durante todo el año; fue construida en la época de la emperatriz María Teresa por un príncipe, que debe de haber sido nigromante».

En los años 1901-1902, época en la que, a pesar de su juventud, era ya un poeta lírico de renombre, se puede situar un período crítico en cuanto a su experiencia personal; de esa crisis da testimonio el breve texto titulado *Una carta*, generalmente conocido por el más expresivo título de *Carta de Lord Chandos*, que sitúa en un plano de ficción una honda reflexión sobre su experiencia personal y literaria. Poco después, escribiría *Electra*, drama en verso basado en la obra de Sófocles, en el que muestra una Grecia profundamente transtornada por las pasiones y al que puso música Richard Strauss; fue ésta la primera de las seis obras en las que colaboraron el músico y el escritor, a lo largo de una amistad con complicaciones y tensiones pero que se prolongó por el resto de sus vidas. La representación de *Electra* en Berlín, en 1903, constituyó un importante éxito.

Su colaboración con R. Strauss se va haciendo más intensa y para él escribe *El caballero de la rosa*, estrenada en Dresde en 1911 y llevada al cine en 1926. A esa obra seguirían *Ariadna en Naxos* y *La vieja leyenda de cada cual, Elena egipcia y Arabella*. Poco antes de la guerra conoce a Diaghilev, para el que escribe *La leyenda de José*.

Al comienzo de la guerra, Hofmannsthal es destinado a Istria como oficial por un breve período de tiempo, pero enseguida es llamado a Viena por el Ministerio de la Guerra, que le encomienda diversas misiones políticas secretas en Bélgica, Polonia, Escandinavia y Suiza. La derrota supuso un fuerte golpe para él y vivió la muerte del Imperio austrohúngaro como un desastre personal del que nunca se repuso. Su padre muere durante los años de la guerra y la muerte de su gran amigo Eberhard von Bodenhausen, poco después, le lleva a la desesperación; pen-

sando en él, escribiría, años más tarde: «Sólo en otras personas se puede encontrar el sentido más alto de uno mismo: quizá gracias a esta amistad yo he podido acceder a mí mismo».

En los años de la posguerra lee sistemáticamente a Calderón de la Barca, que va a constituir uno de los centros fundamentales de su interés en ese último tramo de su vida, marcado por una gran actividad literaria y viajera. La influencia de Calderón es patente en *El gran teatro del mundo de Salzburgo*, representada en 1922 en los festivales de Salzburgo, de los que el propio Hofmannsthal fue promotor, y, sobre todo, en *La torre*, publicada en 1925, directamente inspirada en *La vida es sueño*. En esos años comienza su amistad con el famoso diplomático e historiador Cari Jakob Burckhardt que perdurará hasta el final de su vida. Entre sus obras de esa última época se pueden destacar también *La mujer sin sombra* y *Andreas*, que refleja la búsqueda y el encuentro intemporal del ser humano con su propia individualidad.

En 1929 su hijo mayor Franz se suicida ante sus ojos en la casa de Rodaun. Dos días después, el 15 de julio, cuando encabeza el cortejo fúnebre, Hugo von Hofmannsthal cae fulminado por una hemorragia cerebral.

Friedrich Th. Widerberg

CARTA
DE LORD CHANDOS

UNA CARTA

Ésta es la carta que Philipp Lord Chandos, hijo menor del conde de Bath, escribió a su amigo Francis Bacon, futuro lord Verulam y vizconde de Saint-Alban, para justificar ante él su renuncia a desarrollar cualquier actividad literaria.

Tiene usted la bondad, mi muy noble amigo, de pasar por alto mi silencio de dos años y coger la pluma para escribirme. Tiene además la deferencia de dar un aspecto de agradable levedad a la preocupación que siente por mí, a su inquietud respecto del entumecimiento intelectual en el que le parece que me encuentro inmerso; y lo hace como sólo saben hacerlo los grandes hombres que, aun maleados por las vicisitudes de la vida, no ceden, sin embargo, al desaliento. Concluye con este aforismo de Hipócrates: *Qui gravi morbo correpti dolores non sentiunt, Us men aegrotat*[1], y piensa que debería recurrir a la medicina no sólo para dominar mi mal, sino sobre todo para hacer más aguda la percepción de mi estado interior. Me gustaría responderle como merece, abrirme enteramente a usted, pero ignoro cómo hacerlo. Ni siquiera sé si sigo siendo la misma persona a la que se dirige su inestimable carta; este hombre que ahora tiene veintiséis años ¿es el mismo que a los diecinueve escribió *Nuevo Paris, Sueño de Daphne, Epitalamio,* aquellas pastorales asfixiadas por la pompa de las palabras, que una reina sublime y algunos lores y señores, demasiado indulgentes, sin duda, tienen la bondad de recordar todavía? ¿Soy aún aquel que, a los veintitrés años, bajo las arcadas de piedra de la gran plaza de Venecia, encontraba en sí mismo aquella estructura de

períodos latinos cuyo trazado y edificación intelectual le arrebataban interiormente con más fuerza que las construcciones de Palladio y Sansovino emergiendo del mar? ¿Cómo he podido, si es que soy el mismo, perder todas las huellas y cicatrices de aquella producción de mi espíritu, tensado entonces al máximo? ¿Cómo se han podido borrar hasta el punto de que, con vuestra carta ante mis ojos, el título de ese pequeño tratado me resulte frío y extraño, sin poder siquiera comprenderlo de inmediato como conjunto familiar de palabras reunidas, sino que he debido interpretarlo palabra por palabra, como si los términos latinos asociados de ese modo se me mostraran por primera vez? Sin embargo soy yo, y estas preguntas son pura retórica, una retórica adecuada para las mujeres o la Cámara de los Comunes, cuyos poderes, de tal modo sobrestimados en nuestra época, no bastan sin embargo para penetrar en el núcleo de las cosas. Ahora bien, es mi ser profundo el que quisiera transmitirle, esa extrañeza, esa desviación, esa enfermedad del espíritu, si así lo quiere, para que pueda comprender que un abismo infranqueable me separa tanto de los trabajos literarios a los que supuestamente estoy consagrado como de aquéllos ya realizados y que vacilo —tan extraña me resulta la lengua que me hablan— en considerar míos.

No sé qué debo admirar más, si el carácter insistente de su benevolencia o la increíble agudeza de su memoria, cuando me recuerda los diferentes pequeños proyectos que acariciaba con entusiasmo en los días que pasamos juntos. Es cierto: ¡quería expresar los primeros años del reinado de nuestro glorioso soberano difunto, Enrique VIII! Las notas dejadas por mi abuelo, el duque de Exeter, relativas a las negociaciones que él había mantenido con Francia y Portugal, me proporcionaban de algún modo un punto de partida. Y durante aquellos días felices y llenos de vida, fue la lectura de Salustio, que nutría sin cesar mi espíritu, lo que me dio conciencia de la forma, esa forma pro-

funda, verdadera, interior, que no puede presentirse sino trascendiendo las barreras de los artificios retóricos y de la que no se puede decir que ordene la materia sino que más bien la impregna, la despliega y la crea en un mismo impulso de poesía y verdad: un reflejo de fuerzas eternas, algo espléndido como la música y el álgebra. Ése era mi proyecto más querido…

¡Qué es el hombre para concebir tantos proyectos!

Jugaba también con otros planes. También ésos los hace resurgir su amable carta. Henchido cada uno con una gota de mi sangre, revolotean ante mí como moscas tristes sobre un muro sombrío al que ya no ilumina el sol de aquellos días felices.

Quería descifrar las fábulas y los relatos míticos que los antiguos nos legaron, ésos en los que pintores y escultores, ingenuamente, se deleitan hasta el infinito: jeroglíficos de una sabiduría secreta, inagotable, cuyo hálito creía sentir en ocasiones, como desde detrás de un velo.

Recuerdo aquellos proyectos. Tenían como base no sé qué deseo sensual e intelectual: como el ciervo acorralado que busca el agua, sentía necesidad de sumergirme en aquellos cuerpos desnudos y brillantes, cuerpos de sirenas y dríades, de Narciso y Proteo, de Perseo y Acteón: en ellos hubiera querido desaparecer y en ellos hablar con sus palabras. Quería, sí. ¡Quería también tantas otras cosas! Pensaba componer una colección de «apotegmas» como la que redactara Julio César: recordará la mención que de ellos hace Cicerón en una carta. Pensaba reunir las más notables sentencias que hubiera podido escuchar en mi trato con hombres sabios y mujeres de fina inteligencia de nuestra época; o procedentes de gentes singulares surgidas del pueblo o de las personas cultas y eminentes que pudiera encontrar en mis viajes; hubiera querido agregarles hermosas frases y reflexiones tomadas de obras antiguas, de los italianos, amén de otros ornamentos intelectuales espigados en libros, manuscri-

tos o conversaciones; añádase a esto la disposición de fiestas y cortejos particularmente hermosos, crímenes extraños y raptos de furiosa locura, descripciones de las grandes y más singulares construcciones de los Países Bajos, de Francia e Italia, y muchas cosas más. Y el conjunto de la obra debería tener como título *Nosce te ipsum*.

Para decirlo en pocas palabras: en aquella época, la existencia entera se me presentaba, en una especie de ebriedad incesante, como una gran unidad: entre el mundo intelectual y el mundo físico no veía contradicción alguna, como tampoco entre el personaje de la corte y la criatura animal, entre el arte y lo que no es artístico, la soledad y la vida social; en todo sentía la naturaleza, tanto en los extravíos de la locura como en los extremados refinamientos de un ceremonial español; en la actitud rústica de los jóvenes campesinos no menos que en las alegorías más sutiles; y en cualquier lugar de la naturaleza me sentía yo mismo; cuando, en mi cabaña de caza, bebía a grandes sorbos la leche tibia y espumosa que una criatura hirsuta había extraído de las ubres de una hermosa vaca de dulce mirada, recogiéndola en un cubo de madera, aquello no era distinto para mí de los momentos en que, sentado en el banco empotrado bajo la ventana de mi estudio, me nutría con el alimento dulce y espumoso del espíritu extraído de un texto. Lo uno era semejante a lo otro; ninguna de las dos cosas cedía a la otra en naturaleza onírica y sobrenatural, ni tampoco en su fuerza vital, y así era con todo el amplio espectro de la vida, a un lado y a otro; en todas partes me sentía en el mismo plano, nunca percibí nada como una mera apariencia: o presentía que todo era analogía y cada criatura era la llave que me llevaba hacia otra; me sentía perfectamente capaz de tomarlas en mi mano una tras otra para abrir con ellas tantas puertas como fuera posible hacia otras tantas criaturas. Eso explica el título que pensaba dar a aquel libro enciclopédico.

Quien sea sensible a ese tipo de pensamientos podría ver el bien trazado proyecto de una providencia divina en el hecho de que mi espíritu haya caído desde tan presuntuosa arrogancia a este estado de impotencia y debilidad extremas que es ahora la disposición permanente de mi fuero interior. Pero tales concepciones religiosas no pueden tener ascendencia sobre mí; forman parte de esas telas de araña que mi espíritu atraviesa directamente para alcanzar el vacío, mientras algunos de sus compañeros se quedan allí atrapados, y así acceden al reposo. Para mí, los misterios de la fe se condensan en una sublime alegoría que se eleva por encima de los campos de mi vida como un arco iris resplandeciente, en una lejanía perpetua, siempre presta a retirarse si se me ocurriera avanzar hacia él para envolverme en el borde de su manto.

Pero también los conceptos terrenales, mi noble amigo, se me niegan de igual manera. ¿Cómo hacer para describirle esos extraños tormentos intelectuales, esas ramas cargas de frutos que se elevan bruscamente cuando tiendo las manos hacia ellas, ese agua susurrante que se retira ante mis labios sedientos?

Mi situación es, en resumidas cuentas, ésta: he perdido por completo la facultad de pensar o de hablar de forma coherente sobre cualquier cosa.

En primer lugar, se me fue haciendo progresivamente imposible hablar sobre un tema elevado o abstracto y recurrir a esas palabras que sin embargo todos utilizan de manera habitual, sin necesidad de pensarlas de antemano. Experimentaba un malestar inexplicable simplemente al pronunciar palabras como «espíritu», «alma» o «cuerpo». Percibía en mi interior la imposibilidad de emitir juicio alguno sobre los asuntos de la corte, los incidentes del parlamento o cualquier otra cosa. Y ello no por ninguna clase de reservas, pues conoce usted mi libertad en materia de opinión, que puede llegar hasta la imprudencia: simplemente los términos abstractos de los que debe servirse

naturalmente la lengua para emitir cualquier juicio se descomponían en mi boca como setas podridas. Un día, quise reprender a mi hija de cuatro años, Katharina Pompilia, por un pequeño embuste infantil en que había incurrido, y mostrarle la necesidad de decir siempre la verdad; pero entonces, súbitamente, las palabras que se apretujaron en mi boca, adquirieron una coloración tan cambiante y se mezclaron entre sí de tal modo que, balbuciendo bien que mal el final de la frase, como si me hubiera sentido indispuesto, con el rostro pálido y una intensa presión en la frente, dejé a la niña sola, salí de la habitación dando un portazo y no conseguí recuperarme hasta después de haber lanzado mi caballo al galope por la landa desierta.

Pero, poco a poco, esta señal de alarma se propagó como corrosión invasora. Incluso en las charlas familiares y domésticas, todos esos juicios que se suelen expresar despreocupadamente con la seguridad de un sonámbulo se volvieron para mí tan inciertos que tuve que dejar de participar en ese tipo de conversaciones. Me sentía invadido por una irritación inexplicable, que apenas podía contener, cada vez que escuchaba cosas como: fulano o mengano ha salido bien o mal de este asunto; el comisario N. es malo, el predicador T. es un buen hombre; el aparcero M. tiene motivos para quejarse, sus hijos lo dilapidan todo; aquel otro tiene suerte porque sus hijas son hacendosas; una familia medra, otra está en decadencia. Todo eso me parecía carente de fundamento, falso, lejos de cualquier realidad. Mi espíritu me obligaba a ver con una proximidad inquietante todo lo que salía a relucir en conversaciones de esa índole: había visto una vez en un microscopio un trozo de piel de mi dedo meñique que pareció una llanura con surcos y cavidades, y me ocurría lo mismo desde entonces con las personas y sus artimañas. Ya no podía comprenderlas con la mirada simplificadora de la costumbre. Para mí, todo se caía en pedazos que se desintegraban, a su vez, en fragmentos más pequeños, y nada se

dejaba ya delimitar por un concepto. Las palabras flotaban a mi alrededor; se coagulaban en otros tantos ojos que me miraban fijamente y que a mi vez me veía obligado a mirar: verdaderos remolinos que me producen vértigo al hundir en ellos mi mirada, que giran sin cesar y a través de los cuales se alcanza el vacío.

Hice un intento para escapar de ese estado buscando refugio en el universo intelectual de los antiguos. Evitaba a Platón, temiendo el carácter peligroso de sus evanescencias metafóricas. Pensé atenerme especialmente a Séneca y Cicerón. Esperaba encontrar la curación en esa armonía de conceptos limitados y ordenados. Pero me era imposible alcanzarlos. Comprendía los conceptos, por supuesto: veía elevarse ante mí sus maravillosas relaciones como espléndidos juegos acuáticos jugueteando con pelotas doradas. Podía dar vueltas a su alrededor y ver sus combinaciones múltiples; pero ellos se limitaban a sí mismos y la parte más profunda, el aspecto personal de mi pensamiento, quedaba excluido de su ronda. Me vi entonces sumergido en una espantosa sensación de soledad; tenía la impresión de estar encerrado en un jardín en el que no había más que estatuas sin ojos; y de nuevo busqué una salida.

Desde entonces, llevo una existencia tan taciturna y vacía de pensamientos que difícilmente —me temo— podría usted imaginarla; una existencia que apenas se distingue, en definitiva, de la de mis vecinos, parientes y otros nobles terratenientes de este reino, y que no está enteramente desprovista de momentos felices y reconfortantes. No me es fácil explicar en qué consisten esos instantes de felicidad. También aquí me abandonan las palabras. Pues lo que se me anuncia en tales instantes es algo sin nombre, algo difícilmente designable que viene a verter como en un recipiente, en cualquiera de los objetos que cotidianamente me rodean, el raudal desbordante de una vida superior. No es fácil que me comprenda sin la ayuda de un ejemplo,

así que solicitaré su indulgencia por la futilidad de los que le cito. Una regadera, un rastrillo abandonado en pleno campo, un perro tumbado al sol, un miserable cementerio, un lisiado, una pequeña granja, todo eso puede convertirse en el receptáculo de mi revelación. Cada uno de esos objetos, como otros mil semejantes sobre los que resbala la mirada con indiferencia evidente, puede, en un instante que en absoluto está en mi poder convocar, revestir ese aspecto tan sublime y exaltante que las palabras, en su pobreza, no pueden reflejar. A veces, sucede incluso que la imagen precisa de un objeto ausente sea la elegida para este fenómeno incomprensible y se vea colmada hasta el borde de ese flujo de sentimiento divino que surge súbita y dulcemente. Ocurrió así, no hace mucho tiempo, que había ordenado que se esparciera abundante veneno contra las ratas en las bodegas donde se guarda el queso en una de mis fincas. Por la tarde, salí a dar un paseo a caballo sin haber vuelto a pensar en el asunto, como se puede imaginar. Cuando avanzaba al paso por las tierras en barbecho, recorridas por surcos profundos sin otra presencia inquietante que una nidada de codornices que salieron asustadas y, a lo lejos, el sol inmenso desapareciendo por detrás de los campos ondulados, he aquí que súbitamente se abrió en mi interior aquella bodega repleta de la agonía de aquel pueblo de ratas. Todo estaba en mí: el aire fresco y enrarecido de la bodega, saturado del olor dulzón y absorbente del veneno, y el eco de los gritos agónicos estrellándose contra los muros cubiertos de moho; la confusión de espasmos de impotencia, alternados con accesos de desesperación; la búsqueda de una salida en medio del pánico; la mirada congelada por la rabia al encontrarse frente a la grieta taponada. Pero ¡para qué recurrir a unas palabras de las que he abjurado! ¿Recuerda, amigo mío, la asombrosa descripción de las horas precedentes a la destrucción de Alba Longa en Tito Livio? Aquella forma de vagar por unas calles que no se volverán a ver más… de despedir-

se de las piedras del camino. Le digo, amigo mío, que todo eso lo llevaba yo en mi interior, como si fuera Cartago en llamas; pero era más que eso, más divino, más bestial; y era el presente, el más colmado y sublime presente. Había allí una madre rodeada de sus crías agonizando entre estertores; mas no era a los moribundos, ni a las inexorables murallas de piedra a lo que ella alzaba la mirada, sino al aire vacío o, a través de él, al infinito, ¡acompañando esa mirada con un rechinar de dientes! Si un esclavo lleno de impotente espanto se encontró alguna vez cerca de Niobé en el momento de ser transformada en piedra, debe de haber experimentado lo que experimenté yo cuando en mí, el alma de aquel animal enseñaba los dientes al atroz destino.

Deberá perdonarme esta descripción; no piense que era compasión lo que sentía. No lo era, pues, de haberlo sido, torpemente habría elegido mi ejemplo. Era mucho más y mucho menos que compasión: un prodigiosa participación, una forma de adentrarse en aquellas criaturas, o la sensación de que un fluido de vida y de muerte, de sueño y vigilia —¿venido de dónde?— había pasado a ellas por espacio de un instante. Pues nada tiene que ver con la compasión, ni con ninguna asociación inteligible de ideas el que, otra tarde, encontrase bajo un nogal una regadera a medio llenar, olvidada por algún jardinero, con el agua oscurecida en su interior por la sombra del árbol, y con un insecto que se desplazaba de un borde hasta el otro por el espejo del agua; y aquella combinación de detalles insignificantes me atravesó con tal presencia de infinito, desde la raíz del cabello hasta la médula de los talones, que habría querido estallar en palabras, unas palabras que, de haberlas encontrado, podrían haber derribado a esos querubines en los que no creo. Entonces, en silencio, me alejé de aquel lugar, y, durante semanas, cada vez que veía ese nogal apartaba tímidamente la mirada, para no espantar el vestigio de maravilla que todavía flota

alrededor de su tronco, y no ahuyentar esos estremecimientos sobrenaturales que flotan todavía en torno a los matorrales más próximos. En esos instantes, una criatura ínfima, un perro, una rata, un insecto, un manzano raquítico, un camino que serpentea por la ladera de la colina, una piedra cubierta de musgo, se me hacen más preciosos que la más hermosa de las amantes entregándoseme en la noche más feliz. Esas criaturas mudas y a menudo inanimadas se elevan hacia mí con tal intensidad, con tal presencia de amor, que mi ojo embelesado ya no sabe descubrir a su alrededor la menor parcela de existencia que esté desprovista de vida. Me parece entonces que todo lo que existe, todo lo que recuerdo, todo lo que emana de mis pensamientos más confusos, posee un significado. Hasta mi propia inercia, la torpeza habitual de mi cerebro, me parece llena de sentido. Siento en mí, y alrededor de mí, un delicioso juego de contrastes, y entre los objetos que se oponen de ese modo no hay ni tan siquiera uno en el que no pueda derramarme. Mi cuerpo me parece entonces compuesto sólo de signos por los que todas las cosas me son reveladas. Y que podríamos entrar en una relación nueva y mágica con la existencia, por poco que comenzásemos a pensar con el corazón. Pero cuando este extraño hechizo me abandona, ya no estoy en condiciones de decir nada sobre ello. Sería tan poco capaz de expresar con palabras razonables en qué consiste esta armonía entre mí y el universo entero y en qué manera se me ha vuelto perceptible, como lo soy de dar indicaciones precisas sobre los movimientos internos de mis vísceras o sobre los estasis de mi sangre.

Aparte de estos incidentes extraños que apenas sé, por otra parte, si debo relacionar con el espíritu o con el cuerpo, llevo una existencia de una casi inconcebible vacuidad, y me cuesta ocultar a mi esposa el embotamiento que hay en mí, y a las personas próximas la indiferencia que me inspira cuanto se relaciona con mis posesiones. La esmerada y severa educación que

debo a mi difunto padre y el hábito tempranamente adquirido de no dejar transcurrir una hora del día sin aprovecharla de algún modo es, me parece, lo único que me ha permitido dotar a mi vida de un comportamiento conveniente y de la apariencia que corresponde a mi posición y a mi persona.

Estoy reconstruyendo un ala de mi casa, y voy de vez en cuando a conversar con el arquitecto sobre los progresos del trabajo. Administro mis bienes; y mis aparceros y criados, aunque tal vez me encuentren algo más taciturno, no podrán decir que soy menos benevolente que antaño. Ninguno de los que, de pie en el umbral de su casa, se quita el sombrero para saludarme, cuando paso a caballo por la tarde, adivina que la muda nostalgia de mi mirada recorre las tablas carcomidas bajo las que ellos buscan habitualmente lombrices para la pesca, atraviesa las estrechas ventanas enrejadas y se hunde en el cuarto apenas ventilado en el que, en un rincón, el lecho cubierto por una colcha de colores parece esperar siempre a alguien que va a nacer o a morir; que mis ojos se fijan en los perrillos sin gracia, o en el gato que se desliza, ágil, por entre los tiestos de flores, y que, entre todos los miserables y rústicos utensilios de la existencia campesina, buscan aquél, posado o apoyado, cuya forma insignificante, cuya existencia inadvertida, cuya presencia muda, puede convertirse en fuente de ese rapto enigmático, silencioso y sin límites. Pues un sentimiento de felicidad sin nombre surgirá del fuego de un pastor, lejano y solitario, más fácilmente que del espectáculo de las constelaciones; más del canto de un último grillo, próximo a la muerte, cuando ya el viento del otoño impulse las nubes del invierno por encima de los campos despojados, que del sonido majestuoso de un órgano. Y a veces me comparo en el pensamiento con Craso, aquel orador del que se cuenta que quería tan perdidamente a su murena domesticada, pez mudo y basto de ojos rojos que vivía en su estanque, que se convirtió en objeto de todos los rumores de la

ciudad; y cuando un día, en el senado, Domicio le reprochó que hubiera vertido lágrimas por la muerte de aquel pez, queriendo dar a entender con ello que estaba medio loco, Craso le replicó: «Así pues, yo hice por la muerte de mi pez lo que tú no hiciste por la muerte de tu primera esposa ni tampoco de la segunda».

No sé cuántas veces me vuelve a la mente este Craso y su murena, reflejo de mí mismo proyectado por encima del abismo de los siglos. Mas no, sin embargo, por las palabras que dedicara a Domicio. La respuesta puso de su parte a quienes la encontraron graciosa, reduciendo el incidente a una frase ingeniosa. Pero ese asunto me afecta, un asunto que habría seguido estando ahí aun si Domicio hubiera derramado por sus esposas lágrimas de sangre del dolor más sincero. Pues frente a él seguiría estando Craso y las lágrimas derramadas por su murena. Y por ese personaje cuyo ridículo y cuyo aspecto despreciable aparecen con evidencia en el recinto de un senado todopoderoso que delibera sobre las más elevadas cuestiones, por ese personaje, digo, algo innominado me obliga a pensar de una forma que me parece perfectamente estúpida en el momento en que trato de expresarme con palabras.

A veces, la imagen de Craso se encuentra en mi cerebro, por la noche, como una astilla alrededor de la cual todo supura, palpita y borbotea. Tengo entonces la impresión de que yo mismo me pongo a fermentar, a emitir burbujas, a bullir y a relumbrar. Y todo esto es una especie de pensar febril, pero un pensar de un material más inmediato, más fluido, más incandescente que las palabras. Son remolinos, pero a diferencia de los remolinos del lenguaje, no se abren, al parecer, sobre la nada, sino que conducen de cierta manera a mí mismo y al corazón mismo de la paz.

Mi noble amigo, le he importunado más de lo debido con esta descripción exhaustiva de un estado inexplicable que de ordinario permanece encerrado en mí.

Ha tenido la bondad de expresar su descontento por no recibir ningún libro mío que le «compensara la ausencia de mi compañía». En este instante, he sentido con una certeza no exenta de cierto pesar que ni el año que viene ni el siguiente ni en todos los años de mi vida, volveré a escribir libro alguno en inglés ni en latín: y ello por una sola y única causa cuya extrañeza, para mí penosa, dejo a su infinita superioridad intelectual, libre de cualquier deslumbramiento, el cuidado de poner en el lugar que le conviene entre los fenómenos del cuerpo y el espíritu armoniosamente dispuestos ante usted: pues justamente la lengua en la que tal vez me habría sido dado no sólo escribir sino también pensar no es el latín, ni el inglés, ni el italiano, ni el español, sino otra de la que no conozco palabra alguna, una lengua en la que me hablan las cosas mudas y en la que tal vez algún día podré rendir cuentas en la tumba, ante un juez desconocido.

Quisiera que me fuera dado el poder de reunir en las últimas palabras de esta carta, sin duda la última que escribo a Francis Bacon, todo el amor y la gratitud, toda la admiración sin límites que guardo en mi corazón por el mayor benefactor de mi espíritu, por el primer inglés de mi época, y que en él guardaré hasta que la muerte lo quebrante.

En el año de gracia de 1603,
en este 22 de agosto
Ph. Chandos

Aproximación a la Carta de Lord Chandos

Podríamos acercarnos a la carta de Lord Chandos desde perspectivas muy diversas; las reflexiones que vienen a continuación dejan voluntariamente de lado los aspectos estrictamente literarios de este breve pero sustancioso texto y pretenden abordarlo, más bien, desde la vivencia interior que refleja, tratando de esclarecer su posible significado en el contexto de la experiencia espiritual. En esa vivencia me parece percibir tres elementos esenciales que determinan la situación existencial del autor de la carta y que son los que quiere transmitir a su interlocutor. Podríamos delimitar esos tres elementos fundamentales como: crisis del lenguaje, desintegración del yo y transmutación de la realidad. En mi opinion, no se puede hablar de una relación de causa-efecto o de una prioridad de algún tipo de cualquiera de ellos respecto de los otros; de hecho, esa triple formulación diferenciada es únicamente una estrategia hermenéutica, a fin de entender mejor una realidad que es en sí misma global y unitaria y donde todo acaece de algún modo «a la vez», donde todo es al mismo tiempo causa y efecto; las posibilidades de disección, útiles sólo para el análisis, están más en la interpretación que se pueda hacer desde fuera que en el sujeto de la experiencia.

1. *Crisis del lenguaje*

La carta en sí misma es, formalmente, un intento de justificar ante su interlocutor un «silencio de dos años», según nos dice en sus primeras líneas; la motivación inmediata de ese silencio no es otra que el hecho —desconcertante para quien lo vive con intensidad— de que las palabras han dejado ya de ajustarse a las cosas. Lord Chandos vive una situación en la que el orden de la realidad ha dejado de coincidir con el orden de las palabras: «Nada se deja ya delimitar por un concepto». A partir de ahí, todo discurso, incluso trivial, es una empresa condenada al fracaso de forma irremediable: «Se me fue haciendo progresivamente imposible hablar sobre un tema elevado o abstracto

[…] Incluso en las charlas familiares y domésticas, todos esos juicios que se suelen expresar despreocupadamente con la seguridad de un sonámbulo se volvieron para mí tan inciertos que tuve que dejar de participar en ese tipo de conversaciones».

El lenguaje —siente Lord Chandos— es, en el mejor de los casos, incapaz de plasmar la profundidad de lo real que, desbordándose continuamente sobre la limitación de los conceptos, los traiciona de manera fatal; pues, en efecto, el lenguaje no sólo es insuficiente, sino que incluso falsifica radicalmente aquello que se supone estaba destinado a expresar. Cuando se creía haber aprehendido la realidad, tenerla sometida a la razón por medio del discurso, se constata que la realidad ha escapado por entre las palabras como lo haría el agua por entre los mimbres de una cesta; las palabras se deshacen en la boca «como setas podridas»; todo el espacio que antes ocupaba el lenguaje se revela de pronto vacío, ajeno, ausente de cualquier cosa a la que se pueda llamar real.

Y es que lo que verdaderamente importa acaso no puede ser nombrado, y tratar de fijarlo en signos, en conceptos, podría ser una empresa vana. En última instancia, lo real no se deja ni siquiera fijar en la mirada. Lord Chandos lo intuye más o menos claramente: «Cada vez que veía ese nogal apartaba tímidamente la mirada, para no espantar la aureola de maravilla que todavía flota alrededor de su tronco». Si en un sentido se puede decir que pensamos gracias al lenguaje, en otro se podría afirmar que sólo comprendemos a pesar de las palabras.

El escritor cree percibir que ese hundimiento del lenguaje es para él tan radical y definitivo como una muerte física: «He sentido con una certeza no exenta de cierto pesar que ni el año que viene, ni el siguiente, ni en todos los años de mi vida, volveré a escribir libro alguno». Y la experiencia de las limitaciones intrínsecas de la lengua para acceder a la realidad se acompañan de la toma de conciencia de una ignorancia radical: debe

existir otro lenguaje, sí, un lenguaje que permite el acceso a lo real, pero que él dice desconocer por completo: «La lengua en la que tal vez me habría sido dado no sólo escribir sino también pensar no es el latín, ni el inglés, ni el italiano, ni el español, sino otra de la que no conozco palabra alguna».

Sin duda llama la atención en la carta de Lord Chandos la ausencia de una visión coherente capaz de abarcar y explicar su propia experiencia: el autor no parece estar en condiciones de aprehender intelectualmente su propia situación de forma satisfactoria y encontrarle un sentido global; no puede, en definitiva, dar cuenta de una realidad que le desconcierta y le supera; pero eso en modo alguno le quita valor como testimonio de una vivencia peculiar sino que, por el contrario, estimula a la interpretación y da pie a profundizar en la complejidad de un alma en la que los procesos no se desarrollan con la lógica de un proceso mecánico. Lord Chandos se revela manifiestamente contradictorio a la hora de tratar de explicar lo que ocurre en su interior, incoherencia que se hace patente en sus propias reacciones. Aparentemente convencido de la inanidad del lenguaje, lo expresa… ¡escribiendo una carta! A la hipotética pérdida de la identidad personal responde con un discurso que no deja de girar en torno a lo que *él* piensa y lo que *él* siente. La sensación global que percibe el lector de su carta es la de una vivencia que parece mezclar de forma desconcertante, e incluso a veces no demasiado inteligible, la frustración y la exaltación, la ignorancia y la revelación, el tedio y la ebriedad.

Y es que el alma humana es, ciertamente, lo menos parecido a un mecanismo de relojería, y sus vicisitudes carecen de la regularidad causal de los procesos físicos. El ser humano es capaz de desequilibrios desconcertantes y el acceso al conocimiento rara vez se ajusta a un progreso gradual de dificultades crecientes solventadas por respuestas específicas. Una verdad parcial y fragmentaria puede presentarse a veces con rotunda y aplas-

tante sensación de totalidad en un contexto de confusión, y sólo con el tiempo y la progresiva maduración de otros aspectos de la personalidad adquirirá sus justas dimensiones y ocupará su lugar relativo en la armonía del conocimiento. La evidencia de la insuficiencia del discurso se complementará entonces, en un paradójico equilibrio, con la capacidad del lenguaje no ya para encerrar y agotar una verdad, pero sí para indicar la dirección en que debe orientarse la mirada. Que las palabras no puedan dar cuenta de la realidad última, inefable por naturaleza —y tampoco de las cosas, en la medida relativa en que éstas participan de esa realidad última— no significa que el lenguaje no sea una herramienta decisiva para la comprensión. En un mundo que es a la vez tiniebla y revelación, espejismo y teofanía, todo es a la vez obstáculo y medio. Quizás es la intuición de esta verdad paradójica, siempre superior a las pequeñas y presuntuosas verdades cerradas sobre sí con vocación de absoluto, lo que separa a Lord Chandos de lo que sería la conclusión «lógica» de un silencio total, lo que le impele todavía, en contra de toda coherencia formal, a tratar de comunicarse verbalmente con su interlocutor.

2. *Desintegración del yo*

El hundimiento del mundo de las palabras implica inevitablemente el desmoronamiento del yo, de esa construcción ficticia a través de la cual cada uno se representa, con un grado mayor o menor de autoconvicción, el personaje que parece haberle tocado en suerte en la vida social y que no es, en definitiva, más que una acumulación de palabras, de ideas más o menos precarias que una atención silenciosa, implacable en su renuncia a cualquier compromiso previo —a cualquier pre-juicio, en el sentido literal del término—, disuelve de manera más o menos fulminante: «Ni siquiera sé si sigo siendo la misma persona».

¿Quién soy yo? La eterna e ineludible pregunta —con tanta frecuencia aplazada, sin embargo— que nos insta desde el fondo de cualquier búsqueda metafísica, preside, no explícita pero sí implícitamente, toda la carta de Lord Chandos. Y tampoco aquí, como en el caso del lenguaje, la respuesta es unívoca y sin contradicción. Tampoco en este punto el escritor parece tener una conciencia clara de lo que está ocurriendo; no nos apresuremos, pues, a concluir de forma más o menos mecánica un diagnóstico extraído del cuerpo de creencias de cada cual. Se ha hablado, en relación con este texto, de esa disolución del sujeto de que nos ha estado hablando con insistencia el pensamiento contemporáneo a lo largo del siglo xx, olvidando, al parecer, que, en lord Chandos, el yo no desaparece para dejar paso a una nada pura y simple que un problemático sujeto debería asumir desde una gama de posibilidades vivenciales que van de la angustia y el suicidio a la aceptación más o menos despreocupada del absurdo. Lo que aquí anuncia la muerte del yo no es un espejismo inconsistente, sino una conciencia más honda que experimenta una ordenación nueva de la realidad.

¿Y cuál podría ser el sujeto de esa experiencia sino un Yo superior, no limitado ya por las restricciones del ego? Sin duda podría hablarse, es verdad, de una experiencia en la que la escisión sujeto-objeto ha desaparecido y en la que ya no tiene sentido remitirse a ningún yo. Pero ¿es eso algo más que un límite hipotético en una interpretación que se disuelve en la medida en que se aproxima a su objeto? ¿No serán el yo y la ausencia del yo ideas igualmente insuficientes a partir de un cierto nivel de ser? Si hay realidades indiscernibles por falta de luz, también hay otras que parecen serlo por exceso; y habría que contar con que toda aproximación al Absoluto puede disolver las certezas en mayor grado del que las confirma. Hay, ciertamente, toda una mística de la nada —fundamentalmente oriental, aunque también tenga ilustres representantes en el ámbito cristiano—

para la que ningún Yo parece sobrevivir a la muerte del yo. Habría que ver las posibles concomitancias y diferencias de ese nihilismo místico con el nihilismo moderno, por un lado, y con un personalismo místico, por otro, que no quiere renunciar a la idea de una individualidad espiritual; pero no es éste, claro está, el lugar apropiado para profundizar en ello.

En todo caso, la superación del yo convencional, de ese conjunto de tendencias, hábitos y prejuicios que modelan la imagen que el individuo ofrece al exterior, es una condición de toda vía espiritual y está presente en la Carta. Por lo demás, no parece fácil negar que hay en la experiencia de Lord Chandos un centro de conciencia de sí, de una conciencia transmutada con una percepción intensificada de la realidad que está por encima de la percepción rutinaria de nuestros meros organismos sensoriales.

Los caminos del Espíritu no son idénticos para todos y no debería sorprender demasiado que autopercepciones aparentemente incoherentes o contradictorias puedan coexistir y sucederse sin clara solución de continuidad en ciertas almas. La disolución del yo, que se tendería a interpretar desde algunas instancias como experiencia necesariamente beatífica —ya se viva ésta como impersonal silencio luminoso o como acceso a un Yo superior—, parece que puede ir provisionalmente unida en ciertos casos a sensaciones de angustia, confusión, desconcierto u otras de índole semejante. La tendencia a entender el proceso espiritual como una línea uniformemente ascendente es probablemente tan simplificadora como irreal.

Lo dicho hasta aquí me parece que autoriza a hablar de una «experiencia espiritual» en Lord Chandos, incluso, si se quiere, de una «experiencia mística», aunque apenas se encuentren referencias significativas en la carta al ámbito de la religión.

¿Es el relativo resurgir de lo sagrado que, paralelamente a la decadencia de lo religioso, estamos viendo surgir en Occidente en las últimas décadas sólo un fenómeno coyuntural, secundario y pasajero que acompañaría a las manifestaciones de decadencia en un tiempo de crisis? Tal vez. Pero —sin pretender en absoluto que la conciencia religiosa clásica haya perdido su validez— también se puede imaginar que las condiciones radicalmente nuevas de nuestro tiempo pueden alumbrar, precisamente como necesaria compensación a su oscuridad en tantos otros aspectos, nuevas perspectivas al encuentro del ser humano con lo divino. Se ha dicho que al abrirse de par en par las puertas del infierno se habrían abierto también, en alguna medida y como providencial compensación, las puertas del cielo. Y una de esas nuevas perspectivas o posibilidades en un tiempo en el que hasta las propias tradiciones religiosas son víctimas del ensombrecimiento generalizado, bien podría ser el encuentro directo con lo sagrado al margen de cualquier mediación religiosa que se expresa, por ejemplo, y entre otras posibilidades, en una percepción intensificada de lo real y, en particular, de los elementos de la naturaleza[2].

La crisis del lenguaje y la desintegración del yo se acompañan inevitablemente en el alma de lord Chandos de una transformación de la realidad toda. Es la existencia global la que ahí ha entrado en crisis; si es preciso un lenguaje ahora ignorado es porque la realidad misma se ha transfigurado en algo distinto a lo hasta entonces conocido: «Lo que se me anuncia en tales momentos es algo sin nombre, algo difícilmente designable que viene a verter como en un recipiente, en cualquiera de los objetos que cotidianamente me rodean, el raudal desbordante de una vida superior».

3. *Transmutación de la realidad*

En la *Carta de Lord Chandos* encontramos una expresión sucinta pero extremadamente concisa y precisa de una vivencia

que hoy en día se nos muestra especialmente pertinente: el sentimiento inmediato de lo sagrado inmanente en toda realidad. La dimensión de un Dios personal no está presente aquí, pero la vivencia de la transcendencia reaparece, tal vez depurada, como omnipresencia del Espíritu en la existencia. La antropomorfización, o, en todo caso, la reducción ontológica, que implica la idea de un Ser Supremo cuando ésta no es transcendida (es decir cuando ese ser se entiende sólo como ente, por muy eminente que se quiera) desaparece en una existencia iluminada no tanto desde una fuente exterior de luz cuanto desde una materia que se ha hecho tanslúcida, desde una materia luminosa, desde la percepción de un mundo transfigurado que se ofrece a la mirada como realidad autónoma en el despliegue de lo real.

Puede no ser innecesario aclarar que esto no implica idea ninguna de panteísmo, término al que casi indefectiblemente se recurre en estos casos. Ningún motivo tenemos aquí para pensar en una reducción del orden del Espíritu al orden de la naturaleza, sino más bien de la exaltación de ésta cuando es contemplada, y así divinamente transfigurada, a la luz de aquél.

Aquí el proceso sí que está descrito con la lógica rigurosa de una experiencia progresiva que va desvelando poco a poco su sentido. Así, Lord Chandos parte simplemente de la constatación de la falta de entidad de lo que hasta entonces consideraba lo real: «Todo eso se me antojaba carente de fundamento, falso, lejos de cualquier realidad». Carencia de fundamento que se resuelve en un consiguiente e inevitable hundimiento: «Todo se desmoronaba en pedazos, que se deshacían a su vez en fragmentos más pequeños». Sensación inicialmente desasosegante, angustiosa, sentimiento de soledad que produce «la impresión de estar encerrado en un jardín en el que no había más que estatuas sin ojos».

Pero cuando la mirada que se dirige al mundo deja de estar rutinariamente condicionada por los hábitos mentales y los prejuicios de lo «ya conocido», una perspectiva nueva se abre a la percepción: la realidad adquiere una nueva dimensión; como si a una imagen plana se le añadiera una visión estereoscópica, relaciones antes inobservadas se manifiestan a la mirada, otorgando a las cosas y a los seres un valor distinto. Y así, por entre los resquicios de esa realidad fragmentada, algo diferente se atisba; si un mundo se desmorona es sólo para alumbrar algo nuevo que se anuncia.

Es preciso subrayar que esa transmutación no es un arrancamiento de este mundo para ser trasladado a algún cielo lejano y ajeno de presencias desencarnadas; muy al contrario, son precisamente las cosas más familiares y cotidianas las que siguen estando ahí: «Una regadera, un rastrillo abandonado en pleno campo, un perro tumbado al sol […] todo eso puede convertirse en receptáculo de mi revelación. Cada uno de esos objetos […] puede […] revestir ese aspecto tan sublime y exaltante que las palabras, en su pobreza, no pueden reflejar».

Cualquier detalle mínimo se torna esencial, dotado de un sentido infinito, y ese desbordamiento continuado puede producir una cierta confusión, una cierta ebriedad, un caos místico que desbarata la razón. Como ha dicho C. Magris: «Al aristocrático lord, nutrido de cultura humanista, el mundo no se le revela como un cosmos jerárquicamente ordenado, sino como un bullir de esencias incoercibles a toda sistematización, como en el pensamiento chamánico[3]». Curiosa, pero en absoluto absurda, esta referencia de Magris al pensamiento chamánico en la experiencia de un típico representante de la refinada cultura de la aristocracia europea en aquel cambio de siglo.

Y esa transmutación de lo real, ese cambio en la condición de ser es una experiencia de conocimiento en la que «todo lo que existe […] está dotado de significado. Hasta mi propia iner-

cia, la torpeza habitual de mi cerebro, me parece llena de sentido […] Mi cuerpo me parece entonces compuesto sólo de signos por los que todas las cosas me son *reveladas*[4]». Decía R. W. Emerson que «la marca de la sabiduría es percibir lo milagroso en lo ordinario». Y ese conocimiento, esa experiencia de revelación es, al mismo tiempo, una experiencia de bienaventuranza, de sublime alegría presidida por «un sentimiento de felicidad sin nombre» que conduce «al corazón mismo de la paz».

Ahora bien, cuando esta experiencia acaece, difícilmente puede mantenerse de forma ininterrumpida; a los momentos luminosos suceden los momentos oscuros de la existencia cotidiana en los que, al subsistir en todo caso el recuerdo de lo que se tuvo y se ha perdido, el anhelo beatífico por la recuperación puede coexistir con el desasosiego, tal vez incluso con la angustia, de reconocerse en una realidad miserable, en un simulacro indigno de ser vivido. Alcanzada una vez esa experiencia, cada alma reaccionará a su ausencia de una forma peculiar que podrá ir desde la aceptación y la espera serena hasta la impaciencia más o menos teñida de un sentimiento prometeico.

Son éstos, pues, aspectos problemáticos y contradictorios de la experiencia espiritual, vivida en este caso al margen de lo religioso —aunque, ciertamente, Hofmannsthal era católico—, que se manifiestan más o menos explícitamente en la carta de Lord Chandos y en la que muchos seres humanos de nuestro tiempo podrán reconocerse en mayor o menor medida.

Aunque queda fuera de mi propósito cualquier intento de análisis sociológico, histórico o literario, no habría que olvidar la ubicación de Hofmannsthal en su contexto. Hay sin duda a finales del siglo XIX una sensación generalizada de agotamiento de los lenguajes en el arte y la literatura; posiblemente la cultura europea vivió en ese momento una saturación de lo que Patrick Harpur, en su libro sobre la imaginación[5], ha llamado «li-

teralismo», caracterizado básicamente por un exceso de confianza en que las formas de expresar la realidad coincidían con la realidad misma; la toma de conciencia más o menos brusca de que la realidad se había escapado subrepticiamente, de que se estaba, de hecho, con las manos vacías cuando se creía tener con ellas agarrado al mundo entero, provocó como reacción esa especie de urgencia histérica colectiva que ha quedado plasmada en los movimientos artístico-literarios del pasado siglo, donde casi todos, pertrechados de sus últimas ocurrencias, parecen creerse destinados a mostrar a sus contemporáneos el camino de la salvación.

No será ése, ciertamente, el caso de Hofmannsthal, que sabe reaccionar con serenidad y grave distancia, y contemplar ese enorme vacío que de pronto se ha descubierto en la existencia personal y colectiva. La forma en que eso se plasma en su obra no es objeto de esta reflexión y queda a la atención de los críticos literarios; en todo caso, en el ámbito personal, la *Carta de Lord Chandos* nos indica explícitamente y con nitidez la que quizá sea la única salida posible en una situación de crisis integral que es, de hecho, la misma en la que, un siglo después, seguimos viviendo: «Creo que podríamos entrar en una relación nueva y mágica con la existencia, por poco que comenzásemos a pensar con el corazón». «Pensar con el corazón» —apresurémonos a aclararlo— poco tiene que ver con sentimentalismos melifluos; el «corazón», en todas las tradiciones espirituales, es un órgano de comprensión, y pensar con el corazón es ver con los ojos del alma, que transcienden los de la mera razón, para captar esa «presencia de infinito» que late en el fondo de toda la existencia. Pensar con el corazón, cuando se está acostumbrado —como es el caso en nuestra cultura—, a pensar exclusivamente con el cerebro, no solucionará automáticamente la crisis existencial que parece constituir la esencia misma del su-

jeto humano, pero, cuando menos, abrirá nuevas perspectivas para relacionarse con uno mismo y con el mundo.

Friedrich Th. Widerberg



Poeta, novelista, dramaturgo y ensayista, Hugo von Hofmannsthal (Viena, 1874-1929) se cuenta entre las grandes figuras de la literatura europea de comienzos del siglo XX. La Carta de Lord Chandos es una honda reflexión sobre su experiencia personal y literaria, testimonio de una aguda crisis personal, cuyos elementos fundamentales podrían definirse como crisis del lenguaje, desintegración del yo y transmutación de la realidad. La Carta, dirigida a un amigo, es un intento de justificación del silencio literario del autor, silencio provocado precisamente por esta crisis. Las palabras han dejado de ajustarse a las cosas y el lenguaje es incapaz de plasmar la profundidad de lo real. La crisis del lenguaje y la desintegración del yo se acompañan inevitablemente en el alma de lord Chanclos de una transformación de la realidad: la existencia global ha entrado en crisis, el poeta percibe un mundo transfigurado que se ofrece a la mirada como realidad autónoma en el despliegue de lo real.

Notas

[1] «Quienes no sienten que una grave enfermedad les aqueja, se encuentran mentalmente enfermos». *(N. de los T).* <<

[2] Michel Hulin ha estudiado este tema con más profundidad de lo que podemos hacerlo aquí en *La mystique sauvage,* P.U.F., París, 1993. <<

[3] C. Magris, «L'indécence des signes» en H. v. Hofmannsthal, *Lettre de lord Chandos,* Rivages, París, 2000, p. 16. <<

[4] La cursiva es mía. <<

[5] *The Philosopher's Secret Fire* [*El fuego secreto de los filósofos,* Atalanta, Gerona, 2006]. <<

ÍNDICE